



EL HORIZONTE
DE UN CHARCO
APUNTES DE UNA EXISTENCIA
FELIZ (POR LOS PELOS)

J. Miguel Calvar

EL HORIZONTE
DE UN CHARCO
APUNTES DE UNA EXISTENCIA
FELIZ (POR LOS PELOS)



Primera edición: septiembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J. Miguel Calvar

ISBN: 978-84-17961-54-1

ISBN digital: 978-84-17961-55-8

Depósito legal: M-28390-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi madre, por lo que me dio.
A mi mujer, por lo que me da.*

I

Queridos nietos:

Soy vuestro abuelo. Bueno, lo cierto es que todavía no lo soy, pero espero serlo pronto. Me dirijo a vosotros aun antes de conoceros, sin perder la esperanza de algún día poder hacerlo. Si eso ocurre, si llegamos a conocernos, significará que todo habrá discurrido dentro de lo normal y, pasados unos años, podré contaros de viva voz, quizás sentados sobre mis rodillas, lo que ahora me dispongo a dejaros por escrito.

Si se diera el caso, y creedme que es algo que deseo fervientemente, yo mismo destruiré gustosamente estas letras, puesto que habrán perdido su razón de ser.

De momento desconozco todo acerca de vosotros. ¿Cuál será vuestro sexo? ¿Quién será vuestra madre? ¿Cuál será vuestro número?... Espero que por el bien de todos no seáis demasiados, ya que no están los tiempos para dispendios excesivos y las pagas de los jubilados ya no son las que eran.

Y aunque algunos digan que los niños vienen con un pan bajo el brazo, es mentira, y de ser cierto tampoco adelantábamos gran cosa; pues un pan se come de una sentada y, ¿luego qué?

En lo que respecta a vuestra madre, cabe la posibilidad de que no seáis todos hijos de la misma. Digo esto porque vuestro futuro padre, mi único hijo, está hecho un ligón. Cada tres o cuatro semanas se presenta en casa con una amiga distinta. Si queréis que os diga la verdad, yo no lo entiendo, pero al parecer tiene mucho éxito entre las mujeres. Y ni siquiera estoy seguro de en qué país

vendréis al mundo. Esto también viene a cuento porque en estos momentos vuestro futuro padre está residiendo en Italia desde hace tres meses. Lo echo mucho de menos. O sea que quién sabe.

Es esta una carta de precaución, de por si las moscas, como decimos los viejos, en la que vais a descubrir, aunque nada más sea a vuelapluma, los aspectos más importantes de la vida de vuestro abuelo.

Vosotros todavía no podéis saberlo, pero ya iréis descubriendo que a los viejos nos gusta mucho recordar tiempos pasados y contar batallitas de nuestra juventud. Es que los viejos somos un poco raros, aunque los adolescentes tampoco se quedan atrás, tiempo tendréis de comprobarlo cuando lleguéis. Desde aquí os prevengo que cuando alcancéis la edad del pavo, la mayoría de los que entonces serán viejos os mirarán con cierta prevención. También es potestad de los viejos vivir convencidos de que cualquier tiempo pasado fue mejor, y por lo tanto pensar que la juventud actual no tiene educación. Eso, llegado el momento, no debe preocuparos. Lo mismo dijeron de la generación de mis abuelos, y de la de mis padres, y de la mía; lo dirán de la vuestra y vosotros lo diréis de la siguiente. La noria de la vida que dicen los filósofos.

Pero cuando me conozcáis comprobaréis que yo no soy así. Llegado el caso os vais a encontrar con un abuelo un tanto peculiar, no sé si mejor o peor, en cualquier caso, distinto. Porque soy de los que opinan que el mejor tiempo es el presente, ya que es el único en que es posible vivir, puesto que el pasado ya no existe y el futuro solo es un espejismo que se insinúa y se aleja cada día.

El que me haya decidido a poner manos a la obra en la redacción de esta especie de testamento vital se debe fundamentalmente a dos motivos. El primero es que hace unos días, sin querer, me asomé a un espejo. Si llegamos a conocernos, comprenderéis a simple vista por qué trato de evitarlos. Son artilugios malévolos que carga el diablo, más propios de gente ociosa o guapa, o de los que tienen la suerte de sumar las dos cosas. No me gustó lo que vi. En una primera impresión pensé que el espejo estaba estropeado puesto

que reflejaba el semblante de un desconocido, hasta que, a fuerza de indagar en la mirada, me reconocí y no tuve más alternativa que aceptar la realidad: me vi mayor, avejentado.

Claro que los sesenta y cuatro ya no los vuelvo a cumplir. No quiero que penséis que me estoy quejando, al contrario. Afortunadamente, si obviamos lo elevado de la tensión arterial, lo disparado de las cifras del colesterol, el azúcar demasiado alto, las articulaciones anquilosadas, la espalda deformada por tantos años de duro trabajo, las hemorroides reventonas como higos maduros y la incontinencia urinaria, que como un perro marcando su territorio me obliga a detenerme en casi cada esquina, se podría decir que gozo de una excelente salud.

Y el segundo motivo es que cada vez más a menudo me cruzo por las calles de mi barrio con tipos de mi edad, a los que acaso conocí en su plenitud, no hace demasiados meses, y ahora los veo paseando de la mano de sus esposas con la mirada en el infinito y con un hilo de baba perpetua colgando de sus comisuras.

Y entre eso y la imagen que me devolvió el espejo, debo reconocer que me asusté. De pronto se proyectó claramente en mi cerebro una escena aterradora. Como si estuviera ante una pantalla, pude verme a mí mismo sentado en mi sillón preferido, ataviado con una bata de franela a cuadros de tonos mortecinos y sobre las rodillas una manta también a cuadros; los pies descansaban arropados dentro de unas cómodas zapatillas de andar por casa y en mis brazos sostenía de manera desmañada, como quien sostendría un pez en avanzado estado de descomposición, a uno de vosotros, nieto o nieta, eso no lo pude ver con claridad, mientras mi mirada vagaba errática sin reconocer a la criatura y sin conocerme a mí mismo.

Y aunque yo, como el resto de los mortales, tienda a pensar que esas cosas solo les ocurren a los demás, supongo que tengo las mismas posibilidades que cualquier otro. No nos vamos a engañar, que son estas edades propicias para el párkinson, el alzhéimer o cualquier otra sibilina demencia de esas que en dos días nos borra el disco duro de la existencia y nos deja inermes y perplejos.

Ante esa horrible visión, he decidido tomar cartas en el asunto para tratar de paliar en lo posible la catástrofe. Y antes de que eso suceda, con la esperanza de que no suceda nunca, me dispongo a dejar por escrito las batallitas que no podré contaros y vosotros ya las leeréis cuando tengáis a bien. Como he dicho más arriba, por si las moscas.

Quiero dejar bien claro, para que nadie se llame a engaño, que no esperéis acciones truculentas ni terroríficas. Y aunque en algún momento pueda llegar a parecerlo, esto no es una novela de James Bond. En todo caso, sería más parecida a una historieta de Mortadelo.

Es una de esas historias que quizás no debieran ser contadas, pero no porque vaya a desvelar ningún secreto ni sacar a la luz pecados inconfesables, más bien por todo lo contrario. Quizás no debiera ser contada porque posiblemente no tenga ningún interés, ya que se trata de la historia de una vida vulgar, como tantas otras, y quizás os resulte un tanto tediosa, pero se trata de mi historia, la de vuestro abuelo. Y si es cierto eso que dicen que mientras alguien lo recuerde a uno, uno no está muerto del todo. Pues eso, nada más que explicar.

Además, como recordar es en cierta manera volver a vivir, y puesto que estas vivencias se pierden en las brumas de mi ya lejana juventud, me apetece volver a recordar, y de alguna manera a experimentar, ahora que me hallo en el umbral de la vejez, si no lo he traspasado ya, y antes de que mi memoria se convierta en un agujero negro, lo que en su día me fue dado experimentar en la indómita plenitud de mi vida. Sí, un día yo también fui joven.

Apolonio de Rodas decía: «La memoria es la cartera de la vejez, es preciso tenerla llena». Por supuesto, estoy de acuerdo con el bueno de Apolonio y por eso, antes de que me la roben, la quiero dejar a buen recaudo aquí.

Y por si todo lo anterior no fuera suficiente motivación, debo confesaros que me acabo de jubilar y que en algo tendré que emplear el tiempo libre hasta que lo ocupéis vosotros, mis nietos.

Claro que la dificultad estriba en cómo afrontar este reto. En toda mi vida nunca me había planteado ni atrevido a escribir tan siquiera un simple cuento, pero lo voy a intentar, por si las moscas.

Desconozco qué deriva tomará esto. Cabe la posibilidad de que esta historia no refleje exactamente la verdad. ¿Pero qué es la verdad? ¿Lo realmente ocurrido o lo que se recuerda como ocurrido? Y también se puede dar el caso de que en ocasiones invente en algún pasaje de esta historia, para tratar de idealizar lo que he sido y cómo he sido; o porque simplemente me gustaría ser recordado no por lo que realmente he sido, sino por lo que me hubiera gustado ser, y de esta manera, para mis nietos, no ser quien he sido y sí quien hubiera podido ser.

Pero basta de chácharas y florituras que el tiempo es oro. Voy a empezar por el principio y ya veremos lo que va saliendo.

II

EL PRINCIPIO

Lo primero es presentarse, ya que, además de ser lo correcto, es señal de buena crianza. Mi nombre, que quiero suponer que escucharéis a menudo en labios de vuestro padre, es abuelo Julián, y vine al mundo a mediados de la década de los cincuenta. La fecha, señalada, un miércoles 6 de enero de 1954. Festividad de los Reyes Magos de Oriente.

En aquellos años de penuria (la guerra civil española había terminado quince años atrás y la Segunda Guerra Mundial, solo nueve) el Día de los Reyes Magos se celebraba con parquedad, al menos en el entorno al que yo fui a parar. No había dinero para regalos y, si acaso, los pocos que se hacían eran regalos prácticos: unos pantalones, una camisa, unas botas *katinskas*, o *chirucas*, una boina, un cinturón o media docena de calcetines cuando los viejos estaban tan zurcidos que no había por dónde meterles mano. Como veis, cosas imprescindibles, útiles y necesarias. Artículos que tarde o temprano se hacía necesario adquirir y se aprovechaba ese día para transformar los objetos necesarios en regalos. O sea que se hacía de la necesidad, virtud.

Mi futura madre, cuando era niña, como todas las niñas supongo, lo que más fervientemente deseaba era tener un muñeco que cerrara los ojos al acostarlo. En aquellos tiempos grises esa clase de muñecos era lo más avanzado en ciencia *jugueteril*. Sobra decir que nunca tuvo uno; resultaban demasiado caros. De tal magnitud

fue el trauma dejado por la ausencia del dichoso muñeco que a sus veinticinco años, ya casada, seguía anhelando uno. Aunque, claro está, sin las urgencias de la infancia.

En algún momento de intimidad apasionada (que es donde las mujeres consiguen todo lo que se proponen de los hombres) le confesó a mi futuro padre, que ya se había convertido en su marido, su deseo frustrado, un poco vergonzoso en una mujer de su condición y edad. Mi futuro padre se quedó pensativo unos segundos. Él de sobra sabía que comprar uno estaba fuera de toda posibilidad, pero tampoco quería decepcionar a la mujer que amaba. De repente, como en los cómics, en mis tiempos se llamaban tebeos, que yo coleccionaría más adelante, se le iluminó la bombilla de las ideas y exclamó: «¡Ya tengo la solución!».

Mi futura madre lo miraba expectante, entre ilusionada y escéptica; también sabía ella que no había dinero para gastar en caprichos. Mi futuro padre continuó: «Ya que no te lo puedo comprar, te haré uno yo mismo».

Se ve que se pusieron manos a la obra con tanto entusiasmo y acierto que en la siguiente festividad de los Reyes Magos de Oriente nació yo.

Por lo visto no decepcioné a mi madre, al menos de momento. Ya habría tiempo para eso más adelante. Si mi madre quería un muñeco que pareciera real, lo tuvo. No solo cerraba los ojos, sino que también los abría a horas intempestivas y además moqueaba, berreaba, vomitaba, tenía fiebres inexplicables, tosía, meaba y cagaba, todo de lo más real. Y por lo que me cuentan, me agarraba a la teta con una fruición que todavía no he olvidado. Lástima que ahora ya no me dejen.

Para vuestra información, tengo que deciros que 1954 no fue un año cualquiera. En cuanto a gente importante, fue un año fructífero, ya que además de nacer yo también nacieron, entre otros, Hugo Chávez, presidente de Venezuela, ya fallecido, y Antonio Resines, un gran actor español que sigue triunfando en el cine. También son del mismo año John Travolta, que es otro actor, en

este caso yanqui, y Bibi Anderson, que no se sabe bien lo que es ni a qué se dedica, pero se dedica. En ese año Elvis Presley grababa su primer disco, Ernest Hemingway ganaba el Nobel de Literatura, el Real Madrid ganó la liga y el Valencia F. C., la Copa del Generalísimo.

Un periódico costaba una peseta, una plancha eléctrica, cuarenta y cinco pesetas, y un traje para boda, bautizo o funeral costaba 445 pesetas. Y ya puestos a mencionar todo lo relacionado con la fecha de mi nacimiento, no podemos dejar de mencionar el horóscopo, que por esos días de enero corresponde a capricornio, la cabra. Las malas lenguas dicen que lo de la cabra me viene al pelo, pero no se puede negar que capricornio es un signo que imprime carácter. Para demostrarlo, citaré solamente a dos personajes a modo de ejemplo: Juan Carlos I, rey de España desde la llamada Transición, y Jesucristo. Compartir signo zodiacal con un rey y con el hijo de Dios, ahí es nada.

Mis ojos vieron por primera vez la luz del sol en un pequeño pueblo de pescadores situado al noroeste de la península ibérica. Lo de ver la luz del sol es una licencia poética, porque en enero y en aquellas latitudes la luz solar era un bien escaso y creo que sigue igual a pesar del tan cacareado cambio climático. El tal cambio climático es uno de los mayores retos a los que tendréis que enfrentaros los de vuestra generación. Ya os iréis enterando.

Mi alumbramiento tuvo lugar en casa, que por entonces era lo habitual. Espero por vuestro bien que el vuestro tenga lugar en un hospital, que por aquí los tenemos numerosos y buenos. Os digo esto porque nunca se sabe, ya que por lo visto está de moda entre las progres parir en casa o, lo que es peor, en una piscina.

El parto, supongo, fue normal, y supongo que fue normal porque nunca nadie me dijo lo contrario. Cosas tales como «lo que te costó salir» o «parece ser que estabas a gusto ahí dentro puesto que no querías venir a este lado». En fin, cosas de esas que cuentan las mujeres en las tardes desapacibles de invierno. En cuanto a la gente que participó en el mismo, es seguro que mi madre y yo

estábamos presentes. La madre de mi madre, mi inminente abuela, también andaba por allí. No en vano iba a ser el primer nieto que naciera en casa. Mi abuela ya tenía otro nieto, pero no había nacido en nuestra casa. Más adelante os hablaré de él. Dos vecinas, además de mi abuela, oficiaron de comadronas. Por aquellos lares los médicos escaseaban, al contrario que las vecinas con fama y maña de meigas, que abundaban. Y de todos es sabido que las meigas lo mismo sirven para encontrarle novio a la moza casadera al borde de la desesperación que para hacer que las gallinas pongan huevos de dos yemas; para hacer que la vaca quede preñada, para que el cerdo no enferme de triquinosis que para asistir en el parto a las mozas primerizas, como es el caso que nos ocupa.

Advertid que hablo de las meigas en presente, porque a pesar del tiempo transcurrido y a pesar del racionalismo de la modernidad, haberlas, haylas.

Lo que es casi seguro es que mi padre no se hallaba presente. Por aquellos tiempos ya era marinero, es muy posible que estuviera ausente, como de casi toda mi posterior existencia. Ahora ya es demasiado tarde para preguntar a nadie, ya que soy el único de los presentes en aquel acontecimiento de dimensiones planetarias que todavía respira en este mundo.

En la pila bautismal me cristianizaron (algunos dicen que poco) y me pusieron el nombre de Julián. Mi abuelo fue mi padrino. Me pusieron Julián porque él se llamaba José. Por lo visto por entonces los padrinos tenían la potestad de elegir el nombre de los neonatos. Y como su padre se llamaba Julián, de ahí el nombre que me tocó. Tengo que deciros que no es que esté encantado con mi nombre, pero tampoco me duele, o sea que me resulta indiferente. Lo que de verdad temo es el vuestro. Vosotros no lo podéis saber, pero en la actualidad existe una especie de pugna o desafío por ver quién pone a sus hijos los nombres más estafalarios, de manera que se perpetrán desatinos que no son de creer.

No sé si os habéis dado cuenta de que he dicho que el padrino de mi bautizo fue mi abuelo, a secas. No mi abuelo José, o mi

abuelo materno, para distinguirlo de mi abuelo paterno. No se trata de un descuido ni de una falta o desprecio. Ocurre que yo tuve solo un abuelo. Entiéndaseme, biológicamente tuve que tener dos abuelos, como todo el mundo, pero solo conocí a uno, mi abuelo José, el padre de mi madre.

Mi padre no tuvo padre, al menos padre reconocido oficial. Mi abuela Josefa, así se llamaba la madre de mi padre, tuvo cinco hijos de soltera, todos con el mismo hombre. Esto lo fui descubriendo a través de retazos de conversaciones de mayores. Antes ciertos temas que se consideraban escabrosos o directamente vergonzosos no se hablaban delante de los niños. Supongo que callaban por precaución, ya que era *vox populi* aquello de que los niños, los borrachos y los locos siempre decían la verdad. Poniendo la oreja me enteré de que mi otro abuelo fue un gaitero que iba de fiesta en fiesta y cuando pasaba por la aldea de mi abuela, pues eso: cinco hijos.

No podemos saber si estaban enamorados y acaso existía algún prejuicio social que les impedía estar juntos. Algo así como unos Romeo y Julieta gallegos, analfabetos y rurales. También pudiera ser que mi desconocido abuelo fuera un crápula, un golfo que le prometiera matrimonio, promesa que nunca cumplió. O simplemente se dedicaban a saciar sus instintos más bajos, pero eso ya no lo sabremos nunca y además ya no importa.

De mi abuela Josefa puedo decir que guardo buenos recuerdos. En las escasas ocasiones en que íbamos a visitarla a la aldea donde vivía siempre me colmaba de besos y atenciones. Y aunque eran muy pobres, siempre salíamos de su casa con grandes trozos de tocino, bolsas colmadas de garbanzos y repollos y algunos chorizos, pocos; ya he dicho que eran muy pobres.

Ahora, mientras escribo esto, me parece estar viendo la casa donde vivía. Poco más que una choza desvencijada con los suelos de tierra apisonada por el uso y con las paredes sin encalar por donde se colaban todos los vientos. Rodeando la casa había una extensión de tierra sembrada de patatas, berzas y maíz en cuyo

centro se erguía un enorme nogal que albergaba bajo sus ramas todo el conjunto. Había también un hórreo donde se almacenaban los alimentos para todo el año. Pero a mí lo que más me llamaba la atención eran dos enormes cerdos que pululaban por allí; eran inmensos, blancos, familiares y tranquilos. Ayudado por mi abuela, los cabalgaba cual vaquero. Ahora, al pensar en ello, me doy cuenta de que cada año eran distintos, pero a mí me parecían siempre los mismos. Nosotros, por nuestra parte, le llevábamos bacalao y rañortes secos. Para vuestra información, os diré que los rañortes son unos peces de la familia de los tiburones, pero algo más pequeños, que puestos a secar al sol, después de limpios, se mantienen comestibles durante meses. Por supuesto ni hablar de frigoríficos.

La aldea de mi padre distaba del pueblo de mi madre unos diez kilómetros tierra adentro. Estaba constituida por no más allá de docena y media de casas paupérrimas, todas del mismo estilo y condición que la de mi abuela.

Eran tiempos aquellos en los que casi no existían coches, o al menos por aquellos pagos. Íbamos a visitar a mi abuela en el único taxi que por entonces funcionaba en el pueblo de mi madre. Aquellas visitas tenían lugar una o dos veces al año, tampoco nos podíamos permitir ir más a menudo. Pero para mí, además de la cuestión económica, había ciertos prejuicios de clase, como de no querer tener demasiada relación con gente tan pobre, fundamentalmente por parte de mi madre, o al menos esa es la sensación que siempre he tenido.

Para poner un ejemplo explicativo que no sé si os servirá, puesto que las tendencias cambian a toda velocidad, viene a ser algo así como lo que sentimos la mayoría de los españoles respecto de los portugueses, que nos caen bien porque creemos que son más pobres que nosotros y por lo tanto nos sentimos superiores y los miramos un poco por encima del hombro; mientras que nos ocurre al contrario con los franceses, que también son nuestros vecinos, pero ellos son los que nos miran a nosotros con desprecio, de ahí que no nos sean muy simpáticos. Deberíamos de cuidar ciertas

actitudes para no acabar convirtiéndonos en los franceses de los portugueses.

Siguiendo con mi abuela Josefa, os voy a contar un suceso que me ocurrió pasados los años. Yo ya había cumplido los veintidós años cuando me mandaron a trabajar a Vigo, a reparar unos barcos congeladores cubanos. Fui con un compañero de nombre José, apodado *Furruño*. El tal José era de un pueblo de aquella zona y los dos o tres fines de semana que se alargó el trabajo nos desplazábamos hasta la casa de sus padres. Uno de aquellos fines de semana decidimos ir hasta la casa de los padres de José por otra ruta, más larga, pero más bonita, bordeando la ría de Vigo. En esa ruta estaba la aldea de mi padre. Yo lo desconocía, pero a medida que nos acercábamos el paisaje se me iba haciendo familiar, a pesar de que era un niño la última vez que fui por allí. Eso da la medida de lo poco que había evolucionado aquella aldea, que estaba olvidada de la mano de Dios y de la de las autoridades. Se ve que el progreso iba por otras latitudes. Recuerdo claramente que le iba comentando a José que de por allí era mi padre cuando, al lado de la carretera, vi a mi abuela, rodeada de dos docenas de ovejas.

—Para, es mi abuela —creo que grité.

José detuvo el Renault 10 con un chirrido de frenos y polvo.

—Vale, pero no te enrolles mucho que vamos tarde.

Bajé del coche y me acerqué a aquella anciana pensando que no me iba a reconocer. El sol estaba a mi espalda, y ella, con una mano en la frente, a modo de visera, miraba cómo me acercaba y cuando estuve lo suficiente cerca vi que sonreía.

—¿Me conoce? —pregunté.

—Eres el hijo de Eugenio. ¿Cómo no te voy a conocer si eres igual que tu padre?

Mi padre se llamaba Eugenio, por si no lo había dicho. Nos fundimos en un abrazo y, después de darnos las novedades de la salud de la familia, me despedí. Fueron cinco minutos. Nunca más volví a ver a mi abuela Josefa. Y no quiero que eso mismo nos ocurra a nosotros.